

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Un Ruego Excelente

NO. 3539

SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 24 DE SEPTIEMBRE DE
1871 *POR CHARLES HADDON SPURGEON*
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES
Y PUBLICADO EL JUEVES 23 DE NOVIEMBRE DE 1916.

“Acuérdate de mí, oh Jehová, según tu benevolencia para con tu pueblo; visítame con tu salvación”. Salmo 106: 4.

¡Cuán benevolente de Su parte es que Dios formule oraciones para nosotros! Las pone en nuestra boca. Nadie necesita decir: “yo no puedo orar porque soy incapaz de formar una frase”. Aquí tenemos una oración que ya está preparada, que sería adecuada para el labio de cualquier persona presente, ya sea de alta o de baja posición, rica o pobre, santa o pecadora. Y es todavía una mayor misericordia que el Dios que nos da así la forma de orar, espere darnos el espíritu de oración, pues “el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad”. En vista de que nosotros no sabemos pedir como conviene, Él “conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos”.

¡Cuán dulce bendición es que Él les dé la oración y les dé el poder para rezarla! Pero eso no es todo, pues cuando la oración es presentada debidamente en la tierra, alguien espera allá arriba, con un oído atento y una pronta intercesión, y toma la plegaria, la presenta delante del trono de Su Padre una vez que ha sido perfeccionada por Su sabiduría y perfumada por Su mérito, y entonces el Padre sonrío, y la oración es respondida con abundante bendición.

Mi ruego esta noche es que muchas personas aquí presentes tomen las palabras de nuestro texto y las pongan sobre sus almas como carbones encendidos, y que luego el incienso humeante de la santa oración se eleve al cielo y que el Señor perciba en ella, por medio de Jesucristo, un grato olor de paz.

Esta noche vamos a considerar nuestro texto bajo tres aspectos: primero, como *una oración adecuada para todo cristiano*; en segundo lugar, como *una petición apropiada para las almas*

angustiadas; me refiero a cristianos que están desanimados y han perdido sus evidencias; y, en tercer lugar, como *un clamor conveniente para un pecador que ha despertado y que busca*. Mis amados hermanos en la fe, síganme entonces con el primer encabezado, mientras consideramos:

I. CUÁN ADECUADA ES ESTA ORACIÓN PARA CADA UNO DE LOS QUE ESTAMOS EN CRISTO JESÚS.

Ustedes observarán que *quien ora aquí, no está pidiendo un favor excepcional*. Dice: “Acuérdate de mí... según tu benevolencia para con tu pueblo”. No es una oración ambiciosa en que pida ser distinguido más allá que el resto de la familia amada. No es una oración de alguien descontento que busque recibir alguna bendición especial que le es negada al resto de la hermandad cristiana. Es un ruego que pide bendiciones comunes a todos los santos. “Acuérdate de mí... según tu benevolencia para con tu pueblo”.

Y ésto nos sirve de lección para nuestras oraciones. Por ejemplo, la naturaleza me sugiere que debo orar para ser salvado de todo dolor corporal, pero ese no es un favor que Dios conceda necesariamente a Su pueblo. Muchos individuos de Su pueblo sufren aquí dolores agudísimos, algunos en las torturas del martirio y otros cuando Él los toca con alguna enfermedad natural. Él no ha tenido nunca el propósito de librar del dolor a Su pueblo. Él tuvo un Hijo sin pecado, pero nunca tuvo un Hijo que no sufriera. El Ser perfecto, el Primogénito, tenía que experimentar que Sus manos y pies fueran perforados, y cada nervio debía convertirse en el instrumento de una renovada agonía para Él.

Por tanto, yo no me atrevería a orar así: “Señor, líbrame de todo dolor físico”. ¿Por qué habría de pedirle yo aquello que Él no ha concedido al resto de Su pueblo? Es más, si hubiese una copa en la mesa que fuera amarga, y Él la destinara para los hijos, quiero recibir mi parte y con ella, Su amor.

Tampoco tengo derecho alguno de pedirle a Dios que me preserve en riquezas, o en una posición cómoda o que me libre de la pobreza. Yo podría pedirle eso, pero siempre ha de ser con una completa sumisión a la voluntad divina, pues ¿quién soy yo para que no deba ser pobre? Personas mucho mejores que yo han sido pobres, más pobres que la probabilidad que tengo de ser pobre. ¿Por qué habría de esperar ir al cielo por un camino allanado y cubierto de hierba, cuando otros han tenido que pisar pedernales que cortaban sus pies?

¿He de ser conducido a los cielos,
Sobre apacibles lechos de flores,
Mientras otros combatieron por el premio,
Y navegaron por sangrientos mares?

El deseo de escapar de toda forma de tribulación es natural en nosotros, pero que lo convirtamos en oración, eso no es un dictado de la gracia. No; conténtense con la suerte común del pueblo de Dios. “¿Habría de ser más el discípulo que su Maestro? ¿Habría de ser más el siervo que su Señor?” Debería bastarles esto: “Padre, esté yo sano o enfermo, sea yo rico o pobre, sea yo honrado o despreciado, extiéndeme el favor que concedes a Tu pueblo; y mis mayores deseos no podrían pedir más”.

Pero, por favor, a continuación observen que *así como esta oración no pide nada más que la bendición común, tampoco se contentaría con nada que fuera menos.*

“Extiéndeme a mí ese favor, Señor,
Que concedes a Tu pueblo”.

Hermanos, el favor solicitado es el mismo favor que le es extendido al pueblo, pues nada que no fuera eso nos bastaría. Hermanos míos, yo deseo y sé que también ustedes lo desean, recibir de Dios ese favor que es eterno, ese favor que no tiene principio, ese sempiterno favor que estaba en la mente divina antes de que la tierra existiera. También quieren recibir un favor inmutable, el favor que no cambia nunca. Aunque nosotros cambiemos, el favor sigue siendo el mismo. ¿Qué harían si el favor de Dios fuera cambiante? ¿De qué nos serviría Su amor, si ese amor pudiera ir y venir, si pudiera entregarse algunas veces y pudiera suprimirse después? Necesitan un favor inmutable. Y yo sé que necesitan un favor ilimitado, pues sus necesidades son ilimitadas. Necesitan el amor de Cristo que excede a todo conocimiento; necesitan ese amor en todas sus cimas y sus simas; necesitan el propio corazón de Dios; necesitan Sus entrañas compasivas; necesitan a un Salvador que sea uno con ustedes y ustedes uno con Él. No aceptarían ser disuadidos con una corona; no aceptarían ser disuadidos con un imperio, o con todo lo que la tierra considera bueno o grande. No necesitan más, pero tampoco necesitan menos que ese favor que el Señor extiende a los que ama, a los que son el objeto de Su sagrada elección. Ni nada más. Ni nada menos.

A continuación, deben notar en esta oración, aquello que es digno de ser especialmente observado: quien ruega en este caso, pide *bendiciones sobre la misma base que el resto de los santos*. Pueden observar que es sobre la base de la gracia. Pide poder recibir el favor que Dios concede a Su pueblo. “*Favor*”. Si hay alguien que es salvado pero ha sido un gran ofensor en contra de la ley de Dios, y ha sido inmoral, corrompido y depravado, tiene que ser salvado por un favor.

Querido amigo cristiano, quienquiera que seas, para ti no existe ninguna otra manera en que pudieras ser salvado, y tú lo sabes. Cuando el Señor extiende las bendiciones del pacto a pecadores empedernidos, es claro que se las concede simplemente porque Él tendrá misericordia del que tenga misericordia. Y para ti, el favor viene también exactamente de la misma manera. Yo estoy seguro de que no te atreverías a pedirle a Dios que trate contigo sobre la base de méritos, pues ¿cuáles eran sus méritos, oh, ustedes, santos, cuáles eran sus méritos sino merecer las llamas eternas? Tú no le pides al Señor que te extienda los tratos de la justicia, antes bien, le pides que te recuerde con las compasiones de Su gracia.

¿Hay algún cristiano profesante aquí, que rehúse estar en términos como éstos, y que no quiera venir a Dios para pedirle el favor de una misericordia gratuita? Entonces, amigo, tú no eres un hijo de Dios. Sin importar en qué otras cosas difieran los hijos, nunca están en desacuerdo en esto: que “la salvación es de Jehová”, y que es por gracia y solamente por gracia. Tu lugar no es el de un hijo, “No *son* sus hijos”, a menos que consideres incluso el pan que comes o el vestido que llevas como dones de la caridad divina, y a menos que encuentres toda tu esperanza de perdón del pecado y de la aceptación al final, enteramente sobre la base del favor espontáneo, inmerecido y gratuito del Señor tu Dios.

Bien, vean entonces que aquello que pedimos es lo que Él otorga a todo Su pueblo, ni más ni menos; y pedimos eso no como algo que nos sea debido, sino como un favor, un favor por el cual le bendeciremos en la vida y le bendeciremos en la muerte, si Él se dignara acordarse de concedernos ese favor.

Considerando todavía nuestro texto como la oración del cristiano, quisiera observar que, de conformidad al texto, él desea *que se den los mismos resultados* que se dan en el caso de todo el pueblo de Dios, pues agrega: “Visítame con tu salvación”.

Amados, el favor de Dios acaba en salvación, y esa palabra: “salvación” es un término muy amplio. Si leen el Salmo, verán que el Salmista lo usa evidentemente, primero, en el sentido de liberación. Los hijos de Israel llegaron al Mar Rojo y tenían miedo de ser destruidos allí, pero Dios los condujo a través de las profundidades como a través del desierto. Bien, entonces, cuando yo elevo esta oración: “Acuérdate de mí, oh Jehová, según tu benevolencia para con tu pueblo”, quiero decir esto: “Cuando me encuentre en cualquier angustia, te pido que me ayudes a atravesarla. Así como Tú abriste un camino a través del mar para Tu pueblo, en tiempos antiguos, así abre un camino para mí”.

¡Oh, cuán a menudo hace eso Dios por nosotros! Cuando pareciera que los obstáculos son casi infranqueables –cuando pareciera que nuestro juicio nos falla y no podemos hacer nada más- hemos estado prestos a decir: “¡Ay, Señor!, ¿qué haremos?” Entonces nuestra condición extrema ha sido la divina oportunidad, y a través de las profundidades del mar, Él ha conducido a Su regocijado pueblo.

Entonces, la palabra ‘salvación’, en el Salmo, incluye evidentemente en su significado, el perdón de los pecados, pues, cuando leímos el Salmo, ustedes recordarán de qué modo son mencionados los pecados de Israel una y otra vez. Pero se agrega: “Con todo, él miraba cuando estaban en angustia, y oía su clamor”. Entonces, si uso esta oración, he de querer decir precisamente esto: “Señor, Tú estás acostumbrado a perdonar a Tu pueblo. Perdóname. Tú deshaces como una nube sus pecados. Borra los míos. Además, Tú ayudas a Tus hijos a vencer sus pecados. Ayúdame; santifica mi espíritu, mi alma y mi cuerpo. Tú preservas a Tu pueblo en la tentación, y lo sacas de ella. Benevolente Pastor, guárdame como a uno de Tu rebaño. Tú salvas a Tus hijos en la hora del gran peligro, y por eso como su día será su fuerza. ¡Oh!, infinito preservador de Tus amados, cúbreme con Tus plumas, y bajo Tus alas permíteme confiar. ¡Que Tu verdad sea mi escudo y mi adarga!”

Yo pienso que esta es una oración muy, muy dulce. “Visítame con Tu salvación cuando estoy en mi lecho dando vueltas de un lado a otro, y haz que me levante, si es Tu voluntad. Visítame cuando soy calumniado, y cuando mi nombre es desechado como malo, y anima el corazón de Tu siervo. Visítame cuando estoy en aguas profundas y los abismos me cubren, y cuando me hundo en el profundo lodazal donde no hay ningún apoyo. Ven y demuestra Tu poder salvador. Visítame a la hora de mi muerte. Cuando las gélidas corrientes del último río me rodeen, visítame con Tu salvación. Trata conmigo

entonces como has tratado con Tus santos siempre que han atravesado el valle de la sombra de muerte. Que Tu vara y Tu cayado me consuelen. Visítame con Tu salvación”.

Yo sugiero, hermanos míos cristianos, que esta oración les puede servir mientras vivan, y les puede servir cuando mueran. Es una oración apropiada para decirla en la mañana y en la noche, para los jóvenes y para los viejos, para los días de júbilo y para los días de desconsuelo. ¡Esta es una bendita oración que debe estar a menudo en sus labios!

Sólo haremos una observación más sobre esta oración en referencia al cristiano. Pueden observar que en todo momento *se trata de una oración personal*. Nuestras oraciones no siempre han de ser personales. Nuestro Salvador no nos enseñó a decir: “Padre *mío*”, sino “Padre *nuestro* que estás en los cielos”. Sin embargo, a pesar de todo ello, quien no ora nunca por sí mismo, en singular, nunca oró bien por los demás, en plural. Si nunca has dicho: “Señor, acuérdate de *mí*”, no has llegado tan lejos como llegó el ladrón en la cruz. No estás calificado del todo para ir tan lejos como fue Abraham en el encinar de Mamre, cuando intercedió por otros. Aquel que tiene el corazón más grande debe verificar que su propia salvación sea segura.

Entonces, querido amigo mío, cristiano profesante, permíteme que te pida que tomes la oración en la primera persona del singular, y digas: “Señor, acuérdate de mí según tu benevolencia para con tus elegidos”. Yo elevo esa oración. Si Tú me llamas, Señor, para ministrar a este gran pueblo, te pido que como sea mi día así sea mi fuerza. Como Tú has tratado con otros siervos tuyos que se encontraron en una posición semejante, trata conmigo de la misma manera.

Ancianos y diáconos, con su responsabilidad a sus espaldas, pidan que el Dios de Esteban y el Dios de Felipe sea con ustedes, y les extienda el favor que les extendió a ancianos y diáconos en tiempos antiguos. Madres, padres, pidan la gracia que Él da a los padres cristianos. Hijos, siervos, pidan la gracia que acostumbra dar a aquellos de su misma condición. Ustedes, que son ricos, pidan a menudo no ser privados del favor divino, pues esas cosas son a menudo peligrosas. Ustedes, que son pobres, pidan que Él haga que lo poco que poseen sea suficiente, pues eso lo endulza todo. Ustedes, que están saludables, digan esta oración para que el vigor del cuerpo no sea la debilidad de su alma. Y tú, que tienes en tu mejilla el febril

rubor de la tuberculosis –tú, que estás débil y a punto de partir- ya tienes listo tu canto fúnebre. Helo aquí: “¡Señor, acuérdate de mí! Acuérdate de mí, oh Señor, según tu benevolencia para con tu pueblo; oh, visítame con Tu salvación”. Entrego esa oración a cada corazón cristiano aquí presente, y pido que el Espíritu Santo la grave allí. Es también:

II. UNA ORACIÓN APROPIADA PARA ALMAS DEPRIMIDAS Y ABATIDAS.

Esas almas son el pueblo de Dios, y ahora les entregamos esta oración, y confiamos que, al momento de elevarla, reciban: “óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado”. Yo les pido que miren esta oración muy brevemente, pero con una intensa mirada. Notarán que aquí se tiene el caso de que *un buen hombre pareciera ser olvidado*. Quien escribió este Salmo es un hombre bueno, es un hombre inspirado y, sin embargo, dice: “Acuérdate de mí, oh Jehová”. ¿Se consideraba olvidado? Temía serlo. Ha habido otros santos de Dios que han experimentado ese temor. Sí, una iglesia entera ha laborado algunas veces bajo ese temor. Sion dijo: “Me dejó Jehová, y el Señor se olvidó de mí”. Así puedes ser olvidado –según lo piensas- y, no obstante, podrías ser muy amado por Dios, tan amado, como lo fuiste siempre.

Nota, a continuación, hijo de Dios, que cuando tú entras en esa condición, *la mejor oración que pudieras elevar es la oración de un pecador*. ¿Por qué la llamo: la oración de un pecador? Bien, porque me recuerda mucho al ladrón agonizante. Decir: “Señor, acuérdate de mí”, fue una oración muy apropiada para él. ¡Oh, hijo de Dios!, si dudas de tu propia salvación, no disputes acerca de ella, sino acude como un pecador; usa la oración de un pecador; comienza donde el moribundo ladrón comenzó, diciendo: “Señor, acuérdate de mí”. Yo le recomendaría a cualquier cristiano que esté sumido en la oscuridad y que hubiere perdido sus evidencias, que acuda de inmediato a través de la vieja ruta que los pecadores han recorrido desde hace tiempo. “Iré a Jesús, aunque mi pecado se eleve como un monte”. Conozco Sus atrios, entraré allí”. Acude a Él. Anda incluso ahora mismo.

También observarán que para un alma desalentada *es bueno que recuerde que todo lo que pudiera obtener de Dios en el futuro tiene que ser como un favor*. “Acuérdate de mí, oh Jehová, según tu benevolencia”. Yo tengo presente ésto cuando hablo con el hijo de Dios que está en la luz; pero es inclusive más importante que

consideremos ésto, cuando hablemos con el hijo de Dios que está a oscuras, pues el peligro es que te vuelvas legalista cuando estás abatido. Tu propia conciencia y Satanás, conjuntamente, comenzarán a asediarte con métodos legales para alcanzar el consuelo. Todos ellos son estériles. Sigue la ruta de la gracia. Lo que necesitas es gracia inmerecida, ya que ninguna otra cosa sería adecuada para ti. Clama: “Acuérdate de mí, oh Jehová, según tu benevolencia”. ¡Dame aquello que no podrías darme como un mero asunto de justicia! ¡Trátame como no podrías tratarme si me vieras como un culpable delante de Ti! Trata con benevolencia a Tu siervo. Hazlo como un favor, pues sólo eso podría restaurarme”.

Y luego, a continuación, es bueno que la persona que está acongojada, recuerde que *el favor de Dios hacia Su propio pueblo no cambia*, pues este buen hombre, aunque le pedía a Dios que se acordara de él, evidentemente no tenía absolutamente ninguna duda de que Dios tenía un favor disponible para Su propio pueblo. No hay nada mejor que tener sana doctrina para recibir consuelo. Si un hombre duda de la perseverancia de los santos, y cree que Dios desecha a Su pueblo, yo realmente no veo qué podría hacer cuando se viera sumido en la angustia mental. Pero si se apegara a ésto: “Ciertamente es bueno Dios para con Israel, para con los limpios de corazón. En cuanto a mí, Él podría haberme olvidado. Me temo que yo no soy uno de los Suyos, pero yo sé que Él no olvidaría a los Suyos”, bien, entonces el hecho de la inmutabilidad de Dios para con Su pueblo se convierte, por decirlo así, en un argumento; y nos presentamos delante del Señor con un mejor ánimo y una mayor esperanza, y le decimos: “Señor, puesto que Tú no cambias para con ellos, cuéntame entre ellos, y permite que Tu amor eterno se derrame sobre mi pobre espíritu desconsolado y quebrantado. Acuérdate de mí –de esta pobre criatura caída y rebelde- con el favor, con la gracia inmerecida que Tú le otorgas a Tu pueblo”. Es bueno aferrarse a la verdad, pues puede servirnos como un ancla en el día de la tormenta.

Además, permítanme que me dirija a los deprimidos, para recordarles que la oración es instructiva pues muestra que *todo lo que es necesario para un espíritu desamparado y olvidado, es que Dios lo visite de nuevo*. “Acuérdate de mí, oh Jehová”. Que cualquier otra persona se acordara de mí no me haría ningún bien, pero si Tú tuvieras un pensamiento para con Tu siervo, todo está hecho. Señor, el pastor me ha visitado y ha intentado darme ánimo. Tuve una visita en la predicación del Evangelio tanto en la mañana como en la

noche de Tu día. Acudí a Tu mesa, y no recibí ánimo allí. ¡Pero, visítame Tú!

Una visita de Cristo es el remedio de todas las enfermedades espirituales. Yo les he recordado frecuentemente aquel mensaje dirigido a la iglesia de Laodicea. La iglesia de Laodicea no era ni fría ni caliente, y Cristo dijo que la vomitaría de Su boca; pero, ¿saben cómo se refiere a ella, diciendo que la curaría? “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”. Ese no es un mensaje dirigido a los pecadores. Evidentemente es un mensaje para una iglesia de Dios, o para un hijo de Dios que ha perdido la presencia y la luz del rostro de Dios. Todo lo que necesitas es una visita de Cristo. Todo lo que necesitas es que sea restablecida una vez más tu comunión; ¡y yo bendigo al Señor porque Él puede hacer eso súbitamente, en un momento! Él puede poner tu alma “antes que lo supieras, entre los carros de Aminadab”.

Tú pudieras haber venido aquí esta noche tan muerto en tu alma como podrías estarlo, pero los chispazos de la vida eterna pueden alcanzarte y reavivar una vez más el alma adentro, dentro de las costillas de tu vieja naturaleza muerta. Tú podrías haber sentido como si todo hubiese terminado, y la última chispa de gracia hubiese desaparecido, pero cuando el Señor visita a Su pueblo, hace que el páramo y el lugar solitario se regocijen, y hace que el desierto florezca como la rosa. Oro pidiendo que pueda ser una hora feliz para ti, porque se cumple la oración: “Visítame con tu salvación”.

Siento una gran simpatía para con aquellos que están abatidos. ¡Que Dios, el consuelo de los abatidos, los consuele! Que libere a los que están atados con cadenas; y para ustedes, solitarios, ¡que los ponga en familias! Y yo no conozco un método más sabio que pudieran seguir, que clamar incesantemente a Él; y ésta ha de ser su oración: “Acuérdate de mí –de mí- con el favor que otorgas a Tu pueblo; oh, visítame con Tu salvación”. Y ahora, viene nuestro último punto. Es:

III. UNA ORACIÓN MUY APROPIADA PARA LOS PECADORES QUE HAN DESPERTADO PERO QUE NO HAN SIDO PERDONADOS.

Hay algunas personas de esa índole en esta casa. Yo sé que aquí hay pecadores que no han sido perdonados. Sólo espero que algunos de ellos hayan sido despertados para conocer el peligro de su estado. Si lo han sido, que Dios los ayude a decir esta oración, porque, primero,

es una oración humilde. “Señor, acuérdate de mí”, que es tanto como decir: “Señor, dedícame un pensamiento. Yo soy un pobre pecador miserable. No soy digno de atención pero, Señor, al menos recuérdame. No me ignores, oh sanador de las almas enfermas por el pecado. No me ignores. Oye mi clamor; responde a mi angustia; considera los deseos de mi alma. “¡Acuérdate de mí!”

Es también *una sentida oración.* No hay duda de que fuera sentida por la forma en que la dijo este hombre inspirado. Al momento de leerse transpira vida. ¡Oh, querido corazón!, si tú necesitas un Salvador, búscalo con denuedo. Si puedes aceptar un “no” como respuesta, recibirás un “no” como respuesta, pero si la única opción fuera esta: “¡Dame a Cristo, o muero! *Tengo que recibir la misericordia*”, la tendrás. Cuando *quieras* recibirla, *habrás* de recibirla. Cuando Dios te conduzca a agonizar ansiando una bendición, la bendición no se demorará.

Noten que esta oración que les recomiendo, no sólo es humilde y sentida, sino que *es una oración dirigida de la manera correcta.* Está dirigida únicamente a Dios. “Acuérdate de mí, oh *Jehová.* Visitame, oh *Jehová,* con tu salvación”. Toda nuestra ayuda está allá. No hay ninguna ayuda aquí. No hay ninguna ayuda en ningún hombre. Ningún sacerdote puede ayudarte; tampoco pueden hacerlo ni amigos ni ministros. Cuando ustedes recurren a nosotros, podríamos decirles lo que el rey de Israel le dijo a la mujer en Samaria, cuando estaba completamente copada por el asedio: “Si no te salva Jehová, ¿de dónde te puedo salvar yo? ¿Del granero, o del lagar?” No hay nada que nosotros podamos hacer. “¡Vana es la ayuda de los hombres!” Vuelvan sus ojos únicamente a Dios, a la cruz donde Cristo sufrió. Miren allí, y únicamente allí, y que ésta sea su oración: “¡Señor, acuérdate de mí!”

Cuando el ladrón estaba agonizando, no dijo: “Juan, ora por mí”. Juan estaba allí. El ladrón no miró a la madre de Cristo diciendo: “Virgen santa, ora por mí”. Podría haberlo dicho. Él no se dirigió a ninguno de los apóstoles ni a los santos acompañantes que estaban en torno a la cruz. Él sabía adónde mirar, y, volviendo sus ojos agonizantes hacia Aquel que sufría en la cruz central, no dijo otra oración que ésta: “Señor, acuérdate de mí”. Es todo lo que necesitas. Ora pidiéndole *a Dios, y sólo* a Dios, pues sólo de Él debe venirte la misericordia.

Oh pecador, si quieres usar esta oración, observa además que *es una oración personal para ti.* “Señor, acuérdate de *mí*”. ¡Oh!, si

pudiésemos lograr que los hombres pensaran en ellos mismos, la mitad de la batalla estaría ganada. ¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú? Yo quisiera poner esta oración en tu boca, quienquiera que seas, “Señor, yo he sido hoy un quebrantador del día de reposo. He pasado toda su parte inicial, de una manera inadecuada; pero, Señor, acuérdate de mí”. “Oh Dios, yo he sido un borracho. He quebrantado todas las leyes de la sobriedad, e incluso he blasfemado Tu nombre; pero, Señor, acuérdate de mí”. ¿Hay alguien aquí en cuya boca pudiera poner palabras como éstas?: “Señor, me presento temblando ante ti, pues soy una mujer pecadora. Señor, acuérdate de mí. Visítame con el favor que otorgas a Tu pueblo. Así como miraste a la mujer de Samaria, mírame así a mí”. ¿Hay alguien aquí que haya sido un ladrón, casi avergonzado de oír mencionar esa palabra, porque los que se sientan cerca podrían mirarle? Bien, ésta es especialmente la oración del ladrón: “Señor, acuérdate de mí”. ¡Cómo desearía recorrer todos los lugares en que están sentados! No sabría quiénes son ustedes, pero, ¡oh!, si pudiera, pondría ésto directamente en su corazón: “Señor, acuérdate de mí”. Allá arriba, en el palco superior, donde difícilmente pueden oír, y no pueden ver, estás en un buen lugar para orar, en un lugar primordial, allí escondido en el rincón, y para expresar el clamor: “¡Oh Dios, acuérdate de mí!”

Además, esta oración *es una oración evangélica*. Dice: “Acuérdate de mí... según tu benevolencia”. Todo lo que un pecador recibe le llega como un acto de benevolencia. No puede llegarte de ninguna otra manera, pues si recibieras lo que mereces, no recibirías nada de amor, nada de misericordia, nada de gracia. ¡Oh, pecador!, acude a Dios sobre la base de la clemencia y di: “Por causa de Tu nombre, y por causa de Tu misericordia, ten piedad de mí, ya que soy un pobre individuo que no merece nada”. Es una oración evangélica.

Además, me parece que es *una oración argumentadora*. “¿Dónde está el argumento?”, preguntas. Bien, está aquí: “Tú has otorgado favores a Tu pueblo. Señor, concédeme un favor a mí”. Es siempre un buen argumento que le pidieras a un hombre que te extienda una amabilidad si ya lo ha hecho para con otros. Si somos muy pobres, nosotros generalmente decimos: “Fulano de tal ha estado ayudando a gente pobre como yo”. Hay un tipo de argumento implícito y es que él te ayudará, si estuvieras en el mismo caso. ¿Puedes verlo? Allá están las puertas del cielo. ¿Puedes soportar el resplandor de esas perlas gigantescas? Sin embargo, no es eso lo que quiero que veas. ¿Los ves a ellos? ¿Ves a quienes entran a torrentes en largas filas? Atraviesan como un poderoso río. Hay cientos, hay miles, hay

decenas de miles de ellos. ¿Quiénes son ellos? ¿Quiénes son ellos? Son pecadores, todos ellos, –tal como soy yo, querido amigo- tal como eres tú. Ahora están vestidos de blanco, pero sus vestiduras fueron una vez completamente negras. Pregúntales, y les oirás decir que lavaron sus ropas y las emblanquecieron en la sangre del Cordero. Pregúntale a cada uno de ellos cómo es que entró tan felizmente a través de esas puertas de perla, en la ciudad de calles de oro, y todos te dirán “a coro”, que ellos:

**“Atribuyen la salvación al Cordero;
La redención, a Su muerte”.**

¡Oh!, yo incluso voy a entrar sin complicaciones de esa manera. ¡Ah!, a través del Salvador de los pecadores espero encontrar un pasaje al cielo de los pecadores, donde los pecadores que fueron blanqueados moran para siempre. Hay un argumento en la oración. Yo espero que tengan la habilidad de usarlo hasta prevalecer.

Además, yo le recomiendo esta oración al pecador que ha despertado, porque *es una oración para un alma indefensa*, pues dice: “¡Oh!, *visítame* con tu salvación”. Hay pacientes en Londres que estarían muy felices de ser recibidos en un hospital. Estarían felices si pudieran ser llevados mañana por la mañana a algunas de esas nobles instituciones, para ser cuidados allá. Pero hay personas que están peor que ellos, pues hay algunos que no podrían ser transportados a un hospital, ya que podrían morir en el camino. Si han de ser sanados del todo alguna vez, están en una condición tan mala, que el doctor tiene que visitarlos. ¡Oh!, y ése es también el caso de algún pecador, y algunos lo sienten, y por esto tenemos la oración: “*Visítame con tu salvación*”. “Aquí, Señor, me postro delante de Ti, tan arruinado por el pecado que escasamente puedo volver mis ojos a la cruz; estoy muy ciego. Es cierto que Tu gracia puede salvar, pero mi mano está paralizada, y no puedo asir Tu gracia. Es verdad que Tu amor puede penetrar mi corazón, pero, ¡ah!, mi corazón se siente tan duro; entonces, ¿cómo puede entrar allí Tu amor? Oh, Salvador, Tú tienes que hacerlo todo por mí, pues mi caso es desesperado”. Cristo ama tales casos. Él vino a buscar y a salvar, no a los *medio perdidos*, sino a los *perdidos*. Deposita tu caso desesperado en Sus manos, ya que Él ha salvado a pecadores desesperados miles de veces, y los seguirá salvando todavía. Yo pido que antes de que descanses esta noche, antes de que te retires a tu cama, y te atrevas a cerrar tus ojos, que ésta sea la oración de tu corazón: “*Acuérdate de mí, oh Jehová, según tu benevolencia para con tu pueblo; visítame con tu salvación*”.

No puedo hacer más que dejarlo en manos del Espíritu Eterno. Que Él bendiga la palabra, por Cristo Jesús. Amén.

Nota del traductor:

El Salmo 106: 4 en la Versión King James dice así: “Remember me, O Lord, with the favour that thou bearest unto thy people: O visit me with thy salvation.” Una traducción literal sería: “Acuérdate de mí, oh Jehová, con el favor que concedes a tu pueblo; visítame con tu salvación”. No encontré ninguna versión en español que se asemejara a “con el favor que concedes a tu pueblo”. El sermón del pastor Spurgeon enfatiza la palabra ‘favor’, que no se encuentra en nuestras versiones. Por tanto, en este caso, ‘favor’ y ‘benevolencia’ son equivalentes.

Sima: abismo, precipicio.

Traductor: Allan Román
9/Septiembre/2010
www.spurgeon.com.mx